

¿QUÉ ESTILO ARQUITECTÓNICO SE ADAPTA MEJOR AL CARÁCTER DE MADRID?

SUMARIO

Por MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTIN

¿Qué estilo arquitectónico se adapta mejor al carácter de Madrid?, por Melchor de Almagro San Martín.

Exposición Nacional de Bellas Artes 1941. Restauración del Real Monasterio de Guadalupe. Arquitecto: Luis Menéndez Pidal.

Monasterio de Guadalupe, símbolo de la vida española.

Concurso de Anteproyectos de Sanatorios Antituberculosos:

Primer premio: Ernesto Ripollés Palacios, Aurelio Botella, Ambrosio Arroyo y Sebastián Vilata.

Segundo premio: Enrique Ovilo Llopis y Miguel Sánchez y Conde.

Segundo premio: Regino Borobio y José Borobio.

Bibliografía y Noticiario.

Cúmplase el IV aniversario de la liberación de Madrid cuando la ciudad se recobra y se reconstruye. El estilo que ha de presidir esta restauración ha ganado los mejores puntos de comentario. Escuchemos lo que a este respecto dice desde la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA un escritor ilustre.

En Madrid hay mucho por reconstruir.

El abandono de los tres años rojos, los incendios dementes, la corta de árboles, la remoción de las calles para formar trincheras, nos plantean arduos problemas desde un punto de vista que haga coincidir la utilidad con la estética, problema fundamental de la arquitectura. Pero no sólo se trata de recomponer lo deshecho y reemplazar lo destruido, sino también de encararse con el porvenir para extender la urbe, que en crisis de crecimiento pide urgentes ensanches.

Ante todo es preciso impedir que el arbitrio veleidoso de cualquiera pueda a su guisa restaurar lo caído y levantar lo nuevo y decidirse por un plan de conjunto con tendencia determinada, escogiendo una orientación general fundada en la elección de un estilo, como hacen ciertas metrópolis del extranjero, tal Nuremberg, donde es preciso adaptarse al gótico, de acuerdo con el carácter de aquella secular ciudad.

En un antaño aun muy cercano, cada arquitecto edificaba a su capricho entre nosotros, sin tener en cuenta para nada la estética total de la urbe.

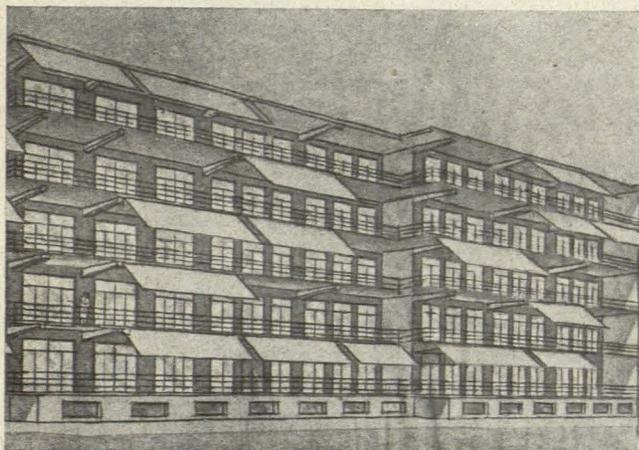
Tal anarquía arquitectónica no puede continuar en modo alguno sin ofensa de la cultura, sino que se hace preciso designar previamente una norma fija en armonía con el alma de Madrid, a la cual han de someterse todos.

Pero, ¿cuál ha de ser la regla referida? En esta pregunta radica la gran dificultad. Es una cuestión sobremanera peliaguda, y para contestarla se impone una consulta cuidadosa de la historia madrileña. Madrid posee un viejo pasado, que se refleja naturalmente en el proceso de su arquitectura, aunque no pueda parangonarse aquél por su brillo con el pretérito de otras urbes de la Península. Se hace necesario, pues, la preferente adopción, luego de maduro estudio, de alguno de los estilos que han descollado en la Villa del oso y del madroño a lo largo de los tiempos, abandonando, de una vez para siempre, hasta el recuerdo de esos ramplones edificios, feos, deslavazados y pobretones, que conoció nuestro agarbanzado siglo XIX y la traza de las tan pretenciosas como cursilonas casas de la centuria que corre, con sus falsos mármoles, sus bronce fingidos y sus cartones piedras. ¿Qué estilo debemos elegir? El Renacimiento, de grandeza imperial, que fulgió, sobre todo, en Toledo, en Granada, Sevilla, Ubeda, Baeza y Valladolid, entre otras ciudades y villas españolas, que fuera ocioso enumerar, aunque dejó muestras notables en Madrid, no llegó a constituir aquí, ni por sus riquezas ni por su extensión, un peculiar ideal sobresaliente de la Corte.

Tengamos en cuenta que Madrid sólo llega a ser capitalidad cuando el sol de Otumba, tras deslumbrar en Lepanto, inicia su tramonto con la rota de la Armada Invencible. Habían pasado los grandes días universales de España, sus glorias resplandecientes, que hallaron eco auténtico en las piedras cinceladas de Toledo y Sevilla, en el palacio granadino de Carlos V, en los castillos feudales de la Calahorra y de Cuéllar. Madrid, testa de la España en declive, nace sobre los adobes de un lugar manchego, estéril, reseco, calcinado por los soles rabiosos del estío y cubierto en invierno por las heladas propias de la estepa castellana.

Durante el crecimiento de la flamante capital comienza a escasear cada vez más el oro de las Américas, que tras la rota de la Armada de Felipe II, por los ingleses, quedó a merced de la piratería enemiga. Aquellos galeones que

(Continúa en la página 156)



otrora aportaban la plata de Méjico para la erección de templos suntuosos en la Península se van frecuentemente a pique con sus preciosas cargas. España ya no es rica, porque para entonces su esfuerzo colonizador la va agotando en sangre y doblones. La nueva capital que Felipe II, con rigorismo tudesco, pues al fin lleva el rey prudente sangre germana en sus venas, designa en el centro geométrico de la "piel de toro", para atender desde allí a todo el ruedo ibérico, se desarrolla en la penuria de la decadencia; Felipe III, Felipe IV, Carlos II. España está ya de vuelta y desengañada. El Quijote es el genial gesto de desesperanza y abandono de un pueblo cansado, que no puede ya con su carga gloriosa, como dijo Ramiro de Maetz.

El caserío del nuevo Madrid se construye a base de barro y ladrillo fraguados con arcilla de los alrededores, horror del sereno esplendor de la piedra, que apenas, a causa de su excesivo coste, se emplea en casas de mucho buque y ostentación, aunque sólo a manera de portadas decorativas y ornamentos de balcones principales. Ni herrajes floridos, ni rejerías y verjas de bronce, ni hermosos mármoles y jaspes en las moradas prósperas madrileñas, como se emplean en los palacios de otras capitales.

El Madrid de los Austrias posee un Alcázar destartado para residencia de los reyes y algunas moradas grandonas y sin empaque, que se suelen llamar "las casas de Medinaceli", "las casas de Osuna", por constituir más propiamente un amasijo de varios edificios distintos, a la verdad ramplones, que un solo palacio armónico.

"El antiguo Madrid —escribe el profesor Tormo— careció de aspecto realmente monumental en los edificios civiles."

Igual sucedía con todo el arte español de la época, que sólo luce dentro del mundo eclesiástico. Ciento cincuenta y ocho serían aproximadamente los templos madrileños, hasta los derribos ordenados por José Bonaparte. Durante el reinado de la casa de Austria, predominan en Madrid conventos y monasterios, que se multiplican prodigiosamente a partir de su elevación a Corte del rey.

Madrid copió esa realidad histórica en su arte, puesto casi por entero al servicio de la Iglesia. Los Austrias españoles, a diferencia de sus rivales los Borbones de Francia, no conceden a la arquitectura un gran valor representativo, como emblema del poder político. La nobleza, encabezada por los Grandes, sigue las huellas de los reyes, y por ello no nos ha legado palacios, ni castillos fastuosos, como se ven al lado de allá de los Pirineos. Sólo los duques de Lerma, padre e hijo, constituyen una brillante excepción. El pueblo, por su parte, critica acrememente, motejando de gran despilfarro la construcción para el Rey, sin que esto sea sintoma de antimonarquismo, de un palacio tan modesto como el del Buen Retiro, hoy Museo de Artillería, alzado en la época relatada.

El mecenazgo de las Artes en España no correspondió ciertamente a los monarcas ni a los magnates, sino a los conventos, como las Carboneras, la Encarnación, San Plácido, Santa Isabel, las Mercenarias de don Juan de Alarcón, las Góngoras, las Comendadoras, las Trinitarias de Cervantes, pongo por ejemplos.

En el siglo XVII llega a Madrid el estilo barroco, victorioso antes en Andalucía, que labra como retablos las portadas de algunas residencias nobles y contorsiona sus ornamentos en furia dinámica, con sobrecarga de preciosos ringorringos y arrequives. Hermosas obras de tal gusto son el ya derruido palacio de los Condes de Oñate, en la calle Mayor, frente a cuyo portalón fué asesinado el marqués de Villamediana, poeta y enamorado, que viene a ser lo mismo, por orden, según se murmuró entonces, del rey Don Felipe IV; el de los Condes de Saceda, la Academia de San Fernando, el Monte de Piedad, el antiguo Hospicio, con maravillosa portada churrigueresca que se admira todavía, en la calle de Fuencarral; el actual Ministerio de Relaciones Exteriores, en tiempos sala de Alcaldes de Casa y Corte; las Fuentes de la Red de San Luis y de Antón Martín, ya desaparecidas; el Puente de Toledo y la Iglesia de San Sebastián.

Los nombres de Churriguera y de don Pedro de Rivera, que cultivaron el estilo frondoso anterior con gran inspiración y tino, son hoy muy apreciados, aunque sus contemporáneos, y aun después también, sirvieran como sinónimos de mal gusto.

¡Bello estilo el barroco y bien hispánico en verdad!, que llevado hasta América por españoles y portugueses, dió sus más espléndidas flores en tierras del Brasil, especialmente en el Monasterio de San Benito de Río de Janeiro, Guatemala, Colombia y, sobre todo, en Méjico, cuyo convento de Topozollán, a la vera de la capital, es un ascua de brillante oro, incomparablemente fastuoso,

quizás el más sazonado fruto en el mundo de aquel estilo arquitectónico.

El advenimiento de la casa de Borbón al trono de las Españas marca el principio de la caída del barroco, aunque todavía produce éste obras ilustres.

A pesar de la abundancia y calidad del barroco en Madrid, creemos que no sería tal vez conveniente elegir este estilo para presidir la arquitectura de la Villa y Corte, porque ese arte, sólo adecuado a la época en que se inventa y empleó, es gusto propio para templos y palacios; pero que no admite fácil aplicación a las necesidades modernas de construcciones grandes y baratas. Por ello, sin vacilar, preferimos la arquitectura madrileña del siglo XVIII, con su sentido neoclásico y su gusto de las proporciones, de que son modelos depurados el Palacio de Oriente, debido al italiano Juan Baustista Sachetti, la Aduana de Sabatini, los dos palacios del duque de Liria, donde habitaron luego los duques de Alba, espléndidas mansiones hoy deshechas por la guerra civil; el del conde de Altamira, en la calle de la Flor, ambos obras de Ventura Rodríguez, a quien se considera como un segundo Herrera; el Museo del Prado y el Observatorio, hechos bajo la dirección de Villanueva.

Este es el Madrid, a la par chispero y cortesano, de Carlos III, aquel príncipe napolitano que "atacado del mal de piedra", según se decía en los mentideros, emprendió tenazmente la reforma de su capital con anchas miras de belleza y de señorío.

Durante su reinado empieza la reacción contra el barroquismo en arquitectura y se tiende hacia el estilo greco-romano, cuyo predominio fué creciendo cada vez más, al propio tiempo que el arte teatral caminaba también sobre patrones neoclásicos.

Se estudiaron por entonces los modelos de la antigüedad, sirviéndose especialmente para ello de una magnífica colección que había reunido en su exilio de Roma la reina Cristina de Suecia, y de cuyas estampas trajo copia a Madrid un embajador de su Majestad Católica.

Al instituirse por Fernando VI la Real Academia de Bellas Artes, se acentúa el tono neoclásico de Madrid, que culmina con la continuación del Palacio de Oriente y la edificación de las Salesas Reales, obra de Moradillo. Son de igual estilo muchas estatuas públicas y fuentes, como la Cibeles; frondosos jardines, como el Botánico y gran parte del Retiro; el del Palacete de la Moncloa, arrasado durante la guerra civil, y el paseo del Prado, a partir de Carlos III, que modificó el trazado por los Austrias.

El arreglo del Prado se efectuó por el primer Borbón italiano, con intenciones de perspectiva, buscando en la mitología asuntos para los monumentos que habían de adornarlo. Se proyectó por entonces un gran peristilo, nunca realizado, que hubiera debido correr a lo largo del paseo, y se instalaron a sus márgenes un Jardín de aclimatación y un Museo de Ciencias Naturales, hoy Museo de Pinturas.

En cierto lindo grabado de aquella época, perteneciente a colección privada, aparece el célebre paseo, espejo de la vida madrileña, tal cual estaba en el siglo XVIII, desembarazado de obstáculos que cortasen la vista, de suerte que desde la fuente de Apolo se columbraba la Puerta de Alcalá, velada por las frondas del Retiro, y se divisaban netamente los alrededores de Atocha y Recoletos.

El Municipio madrileño trata ahora de arrancar al Prado el aspecto actual, retornándole a su tipo dieciochesco, a cuyo efecto establecerá bellos jardines en el sitio por donde hoy discurre, sobre el suelo de cemento, el tránsito rodado, mientras las avenidas laterales servirán de calles en lo futuro.

En el lugar que ocuparon hasta hace muy poco las caballerizas reales, hoy echadas abajo, se están sembrando amplios jardines, dentro del estilo al cual pertenece el Palacio de Oriente, que bajarán en terrazas superpuestas, a modo de pensiles babilónicos, hasta las mismas amenas márgenes del Manzanares.

En la glorietta de Atocha, próxima a una de las mejores obras del maestro, se alzará una estatua al arquitecto Juan de Villanueva, a quien se debe, junto a Ventura Rodríguez, el maridaje feliz de las líneas sobrias y puras del neoclásico, con el cielo azul Murillo, de nuestra capital.

Madrid no es la urbe soberbia que llega hasta agobiarnos con cúmulo de admiraciones y recuerdos, como Roma, ni tiene la elegancia de las grandes perspectivas, que el barón Haussman supo añadir al caserío histórico de París, ni posee la enormidad monstruosa y aplastante de Nueva York, ni la bárbara masa de lujo y piedra del antiguo San Petersburgo, ni la lindeza sutil de Florencia, o la magia melancólica de Venecia.